

Por tanto, no era posible que continuara el sistema que venía observándose desde mil ochocientos setenta y uno. Los mismos alemanes se percataron de ello, hasta el punto de solicitar antes de las elecciones la alianza de los checos; éstos, empero, dirigidos por los elementos feudales, prefirieron entenderse con el gobierno y, volviendo al *reichsrath*, recabaron concesiones del ministerio, necesitado de sus votos. En el gabinete, reconstituido después de las elecciones, Taaffe dió entrada á un checo de Moravia, junto con liberales, con clericales, con polacos. Este ministerio de conciliación declaró querer gobernar haciendo abstracción de los partidos é inspirándose en el interés superior del Estado; más los liberales, que hasta entonces habían tenido el privilegio del poder, negáronse á compartirlo y, queriendo vengarse de Taaffe, trataron de derribarlo en la discusión de la nueva ley militar, que fijando el contingente del ejército por diez años, requería ser aprobada por las dos terceras partes de la Cámara. Esta ley pasó, al fin, á causa de haberse unido al gobierno el ala derecha de la oposición, para evitar la crisis y por respeto al emperador. El gabinete, salvado el conflicto constitucional, no tenía ya interés en contemplar á adversarios irreconciliables é impotentes; así es que, modificado en perjuicio de los liberales, no contó en lo sucesivo sino con los clericales y los polacos. Su mayoría en el parlamento la formaban los checos, los polacos y el centro clerical, entre los cuales no había programa político ni intereses generales comunes, pero el miedo á sus contrarios los mantenía unidos. Sobre este temor y la desunión de elementos tan heterogéneos, fundó Taaffe su sistema, que se caracterizó por el enaltecimiento de la autoridad del soberano y la preponderancia del poder administrativo, con menoscabo del prestigio del parlamento. Para conservar su mayoría frágil é interiormente dividida, el gobierno acudió al medio de otorgar concesiones de detalle á los grupos y mercedes personales á los diputados.

A la larga, este procedimiento perdió su eficacia. Los electores se cansaron de no ver satisfechos sus deseos sino en cuestiones de poca monta, y los representantes se dejaron en sus tratos con el gobierno crédito y prestigio, siendo acusados de traicionar su mandato y de venderse al poder. La nueva generación no se manifestó tan complaciente como su antecesora, y un movimiento popular barrió á los *viejos-chechos*: con esto se vino abajo el edificio levantado por Taaffe. Su largo ministerio, de mil ochocientos setenta y nueve á mil ochocientos noventa, produjo resultados decisivos para la vida política de Austria. Destruyó el privilegio que de hecho gozaba en el mundo oficial la lengua alemana, é hizo imposible la vuelta del germanismo centralizador. Inundó la administración de eslavos, que pusieron al servicio de su causa su influencia oficial, y combatiendo á los liberales, restauró la autoridad de la corte, de la aristocracia y de la Iglesia, dando alas al clericalismo, que impera aun en Austria. En la esfera económica, mejoró la situación de la Hacienda pública y realizó obras de importancia; en la social, inauguró la políti-

ca conservadora á lo Bismarck, estableciendo los seguros para los obreros, limitando la facultad de hipotecar y dividir las pequeñas propiedades rurales y reorganizando los gremios. Con estas últimas medidas, se propuso aminorar la influencia de la clase media, capitalista y liberal, contra cuyo predominio político apoyó la enmienda de mil ochocientos ochenta y dos á la ley electoral, que redujo á cinco florines la cantidad que debía abonarse en concepto de impuestos directos para poseer el derecho de sufragio. Cada grupo de la mayoría obtuvo su parte en la distribución de favores del gabinete Taaffe. Los polacos, que disfrutaban de una autonomía muy extensa, recabaron concesiones de carácter económico; el Estado, pretextando necesidades estratégicas, construyó en su país costosos ferrocarriles, no obstante lo cual les rebajó considerablemente el tanto que pagaban por razón de contribución. A los checos, que anhelaban principalmente ventajas políticas, se les aseguró, reformando la ley electoral, la mayoría en la dieta de Praga y en la diputación bohemia en Viena, á más de equipararse su idioma al alemán en los usos oficiales, en Bohemia y Moravia. Los clericales alemanes se fijaron sobre todo en la enseñanza, y una ley de mil ochocientos ochenta y tres redujo de ocho años á seis la duración del período escolar obligatorio, restableciendo, por medio de un rodeo, la escuela confesional. En mil ochocientos ochenta y ocho, creyeron posible instaurar esta otra vez directamente; pero la opinión pública declaróse en contra con tanta energía, que el mismo emperador hubo de aconsejar se retirase la proposición presentada al efecto por el príncipe Aloís Liechtenstein, jefe del partido.

La izquierda alemana, dividida al principio, reconciliada después, constituyóse definitivamente después de las elecciones de mil ochocientos ochenta y cinco: se componía de ciento doce individuos. A su lado estaban los nacionalistas alemanes, que no eran sino diez y seis. Schönerer, con un pequeño grupo, sostenía la unión al imperio germánico de toda el Austria alemana. Los liberales estaban decididos á no consentir que se tocara la ley escolar, que era su único medio de defensa y su sola esperanza de desquite contra el clericalismo. Su resistencia encontró apoyo en Bohemia, en donde, ante la amenaza de la reacción clerical, renació el espíritu hussita. Los *jóvenes-chechos*, radicales, demócratas, enemigos de los elementos feudales y de la alianza alemana, se revolviéron furiosamente contra los *viejos*. Asustóse la corte, y el gobierno trató de coaligar todos los elementos «patrióticos y moderados» contra el peligro radical. El pensamiento, obra personal del emperador, fracasó miserablemente. El gabinete Taaffe tiró algún tiempo más, con varias modificaciones; pero, careciendo ya de mayoría en el parlamento, procuró crearse otra, presentando de improviso un proyecto de reforma electoral que, sin mermar el privilegio de los grandes propietarios, establecía en las curias de las ciudades y de los campos un sufragio casi universal. La izquierda, los polacos, los clericales, amenazados igualmente en sus posiciones respectivas, se alarmaron y pusieronse de

acuerdo para concluir con el ministerio, el cual, anticipándoseles, presentó su dimisión el veintiocho de Octubre de mil ochocientos noventa y tres.

En Hungría, los eslavones y los rumanos persistieron en la actitud pasiva que adoptaran después del compromiso, y los sajones de la Transilvania sostuvieron en diferentes ocasiones rudas campañas contra el gobierno. Sin embargo, las dificultades más graves las suscitaron los croatas. De mil ochocientos setenta y siete á mil ochocientos setenta y nueve, figuraron éstos, como los checos, entre los partidarios más resueltos de la ocupación. Los bosniacos eran, en su mayor parte, hermanos suyos por la religión y por la lengua, y los croatas hubiesen visto con gusto que Austria se anexionase aquellas provincias, como primer paso hacia la realización de su ideal, la Gran Croacia y el trialismo. Cuando la renovación de su compromiso con Hungría, no cedieron de las pretensiones contenidas en su programa sino á cambio de ser incorporados á su territorio civil los antiguos confines croatas, que aumentaron su población en setecientos mil habitantes. En mil ochocientos ochenta y tres, hubo levantamientos é insurrecciones en Croacia, con motivo de haber sido sustituidos los escudos de los edificios públicos que ostentaban inscripciones en idioma nacional, por otros con inscripciones bilingües. La partida quedó indecisa: las inscripciones bilingües se borraron; pero las croatas no reaparecieron. A consecuencia de nuevos desórdenes, se declaró á Agram en estado de sitio, y suspendióse el jurado en Croacia. El rey se colocó francamente al lado del gobierno húngaro. En mil ochocientos ochenta y nueve, se firmó un nuevo compromiso de carácter económico entre los dos reinos, sin que por ello cesase su recíproca animosidad, y hoy aun la cuestión croata sigue siendo el peligro más grave que amenaza á la monarquía de San Esteban.

El célebre proceso Tisza-Eszlar, evidenciando la fuerza de los prejuicios antisemitas, al par que ponía de manifiesto la corrupción de la justicia húngara, reveló al gobierno la necesidad de acometer ciertas reformas políticas. La antigua aristocracia territorial, que veía menguar constantemente su influencia, su prestigio y su fortuna, culpaba de su ruina á los judíos, en cuyas manos estaban la industria y el comercio. No era posible, sin embargo, prescindir del concurso de los semitas que, desde mil ochocientos cuarenta y ocho, se contaban entre los neo-madgyares más sinceros, conviniendo, por el contrario, destruir las preocupaciones de que eran objeto, y á este propósito, Tisza pensó irles concediendo gradualmente todos los derechos que tenían los individuos de otros cultos. En su virtud, presentó una ley autorizando el matrimonio entre judíos y cristianos. Los diputados la adoptaron; pero en la Cámara de los magnates, la coalición de los reaccionarios clericales y de los aristócratas arruinados la hizo fracasar. Juzgóse entonces necesaria la reforma de la Cámara Alta, y se privó del derecho de pertenecer á ella á los magnates que no pagaran tres mil florines en concepto de contribución territorial, pu-

diendo únicamente elegir por una sola vez cincuenta de entre ellos que los representasen; al mismo tiempo, se otorgó á la corona la facultad de nombrar otros cincuenta pares vitalicios. En compensación, el mandato de los diputados se elevó de tres á cinco años. Fué éste uno de los últimos triunfos de Tisza, el cual era acusado por su partido de ser, á pesar de su historia, harto condescendiente con los contrarios. Las escenas tumultuosas que hubo en mil ochocientos ochenta y nueve, al ser votada la ley militar, y los desórdenes del año siguiente, promovidos por la cuestión relativa á la nacionalidad de Kossuth, le arrebataron el resto de autoridad que le quedaba, obligándole á retirarse. En tiempo de su sucesor, planteóse la cuestión político-religiosa, de que hemos hablado en otro lugar.

En el período de mil ochocientos setenta y nueve á mil ochocientos noventa y cinco, á que vamos refiriéndonos, el parlamento y el gobierno húngaro intervinieron de cada vez más efectivamente en la administración de los negocios comunes. El compromiso dualista se renovó en mil ochocientos ochenta y siete. La influencia creciente de Hungría manifestóse hasta en las cuestiones baladíes de títulos y de etiqueta: el ejército, desde mil ochocientos ochenta y nueve, no se llamó, como antes, imperial, sino imperial y real; en mil ochocientos noventa y cinco, recibió los mismos sobrenombres el ministerio de la casa imperial, y la dinastía, convertida al dualismo, consideraba á Hungría como su apoyo más firme. Bajo la dirección de Haymeric y, por muerte de este ministro, bajo la de Kalnoky, la política extranjera continuó en las sendas que le había abierto Andrassy. La alianza alemana fué su eje. Bismarck alentaba las tendencias eslavófilas, dominantes en Viena. La política algo tímida, algo vacilante, de Kalnoky, fué estrictamente anti-rusa, aplicándose sobre todo á robustecer la influencia austro-húngara en Servia y Bulgaria, afrontando en ciertos momentos, como sabemos, la contingencia del conflicto armado. La adhesión de Rumania á la triple alianza, la elección de Fernando de Coburgo para príncipe de Bulgaria y la celebración de los tratados de comercio de mil ochocientos noventa y dos con Alemania é Italia, fueron resultados lisonjeros de que pudo ufanarse.

Al retirarse Andrassy y ser reemplazado por un austriaco, se había convenido que entrara un húngaro en el ministerio común. En su consecuencia, se dió la cartera de Hacienda á Szlavy. Iba aneja á este cargo la administración de Bosnia y Herzegovina, que Szlavy desempeñó con escasa fortuna. Bajo su mando, estallaron revueltas, y la situación llegó á ser casi tan grave como en mil ochocientos setenta y nueve. Las cosas mejoraron con Kallay, que sucedió á Szlavy. El nuevo ministro conocía muy bien el oriente eslavo y turco, y no incurrió en el error de su antecesor, que se había apoyado en los católicos rumanos, muy inferiores en número á los ortodoxos y musulmanes. El nombramiento de un gobernador civil, el barón de Nikolie, húngaro de raza servia y de religión ortodoxa, tranquilizó á la mayoría de los habitantes, y merced á las acertadas medidas

de Kallay, el país recobró su calma y avanzó rápidamente por el camino de los progresos materiales. Desde mil ochocientos ochenta y dos, existe en las provincias ocupadas el servicio militar, y los reclutas, á pesar de la soberanía del sultán, deben prestar juramento de fidelidad al emperador y al rey.

Dijimos antes que el ministerio Taaffe sucumbió en mil ochocientos noventa y tres, ante la coalición de los «elementos patrióticos y moderados». El conde de Hohenwart, que fué su principal inspirador, y la izquierda liberal se habían combatido sin tregua ni descanso durante catorce años. En dos días, la cólera y el odio comunes los reconciliaron. Contando con los polacos, pudo formarse una mayoría y constituirse un ministerio parlamentario. No siéndoles posible adoptar un programa positivo, los coaligados aceptaron uno negativo, que consistió en no plantear cuestiones en que de antemano estuviesen discordes; en realidad, no se hallaban conformes en nada, no habiendo entre ellos más lazo que el miedo, el miedo á toda novedad, á todo movimiento popular, el miedo á los jóvenes-checos y á la reforma electoral. Era ésta el legado más peligroso del gabinete Taaffe, y su sucesor no había podido rechazarlo. El sistema de Schmerling, fundado en la renta, conducía, naturalmente, como todos los de su clase, al monopolio electoral, por el progresivo decaimiento de las clases medias: de mil ochocientos ochenta y cinco á mil ochocientos noventa y uno, la proporción entre los electores y los habitantes se había reducido del setenta al sesenta y uno por mil en las ciudades, y del setenta y siete al setenta y cinco en el campo. Cada vez que se revisaban las listas electorales, los recién excluidos iban á engrosar las filas de los descontentos, á cuya cabeza figuraban los obreros. La propaganda á favor del sufragio universal daba sus frutos: los partidos populares, (alemanes nacionales, demócratas de Viena, jóvenes-checos) habían inscripto dicho principio en sus programas: Taaffe lo consagró oficialmente con su proyecto. No obstante, los coaligados se negaban á hablar de él. Gobierno y parlamento, para salir del apuro, descargaban uno en otro la iniciativa y la responsabilidad. Al cabo, mediante componendas y transacciones, se formuló un proyecto que creaba una quinta curia con cuarenta y siete plazas, treinta y cuatro para los contribuyentes, preferidos hasta entonces, y trece para los obreros industriales; mas antes de discutirse, la coalición había muerto por efecto de un disentimiento entre la izquierda y Hohenwart. Después de un período de tres meses y medio, en que los directores generales desempeñaron por delegación las funciones de ministros, el emperador volvió al sistema de los gabinetes de la corona, y en Octubre de mil ochocientos noventa y cinco, Badeni, gobernador de Galitzia, fué llamado á la presidencia del Consejo.

Era Badeni hombre autoritario, habituado á la política de «una de miel y otra de hiel», tradicional en Galitzia: muy devoto de la corona, declaró desde el primer día su intención de dirigir el parlamento y no de dejarse guiar por él. Sus aspiraciones se con-

densaban en restablecer la paz interior, para pactar con Hungría el nuevo compromiso decenal y preparar la celebración triunfal del quincuagésimo aniversario del advenimiento del emperador al trono, en mil ochocientos noventa y ocho: pobre programa para un político llamado á regir los destinos de su patria en uno de los períodos más críticos de su historia. Su primer empeño fué cortar el nudo gordiano de la reforma electoral, y para ello presentó, el diez y ocho de Febrero de mil ochocientos noventa y seis, un proyecto, con carácter de *ultimatum* intangible, que los partidos aceptaron, bien á pesar suyo. En vez de una reforma, era un remiendo. A las cuatro curias existentes se agregó otra, en que tienen derecho de sufragio todos los austriacos [mayores de veinticuatro años; suma cinco millones y medio de electores y nombra setenta y dos diputados, mientras las antiguas curias, con un millón setecientos mil electores, nombran trescientos cincuenta y tres, entre los cuales hay ochenta y cinco designados por los cinco mil grandes propietarios. La reforma proyectada por Taaffe obedecía á un pensamiento político; la realizada por Badeni no fué sino un expediente. Verificadas nuevas elecciones, desapareció de la Cámara la izquierda alemana unida, la fracción hasta entonces más numerosa: los alemanes nacionales, los alemanes clericales y los antisemitas clericales se repartieron sus despojos. La composición del parlamento resultó abigarrada: figuraban en él por primera vez catorce socialistas, y constaba de veinticuatro grupos, nada menos. La mayoría, sin embargo, era eslavo-clerical, aunque sin poder sumar las dos terceras partes de los votos que se requerían en las cuestiones constitucionales. Además, Badeni temía poner en peligro su proyecto de compromiso si se ligaba á un partido determinado. Fingiendo querer retirarse, consiguió que el emperador le reiterara públicamente su confianza. Los grandes propietarios alemanes, prontos siempre á complacer al soberano, prometieron sus votos al gobierno. Contando con este apoyo y habiendo desarmado á los checos con las famosas ordenanzas de seis de Abril de mil ochocientos noventa y siete, el ministerio se consideró salvado; pero las ordenanzas, que debían impedir la obstrucción de los checos, suscitó la de los alemanes, que aún dura.

Las ordenanzas trataron de garantizar la igualdad de las lenguas en Bohemia y Moravia, exigiendo á los funcionarios públicos que supiesen el checo y el alemán. Los checos están en mayoría en las dos provincias y, por tanto, es muy justo que el idioma alemán no goce de la exclusiva; pero los alemanes objetan que el asunto es de la competencia de la legislación, no de la potestad reglamentaria, agregando, por lo que se refiere al fondo de la cuestión, que afecta á la existencia misma de su nacionalidad; pues el estudio del alemán es fácil y fructuoso para los checos, mientras el del checo se halla erizado de dificultades y es fatigoso é inútil para los alemanes, de donde ha de originarse que, á la larga, todos los cargos públicos serán desempeñados por los checos, que acabarán de convertir la administración en instrumento de sus fines nacionalistas. No